

La lentitud del liberto

Maribel Andrés Llamero


Macleín *y* Parker

PRIMERA EDICIÓN: marzo 2018

© **DEL TEXTO:** Maribel Andrés Llamero, 2018

© **DEL PRÓLOGO:** Antonio Colinas, 2018

© **DE LA EDICIÓN:** Macleín y Parker, 2018

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

DISEÑO COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Antonio Abad (Macleín y Parker)

IMPRESIÓN: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-948261-0-8

DEPÓSITO LEGAL: SE-240-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Prólogo

Antonio Colinas

A LA ESPERA DEL ABRAZO QUE SALVE

Este libro nos ofrece un lenguaje y un contenido nuevos en un tiempo en que la poesía parece debatirse entre el mimetismo plano y un abrirse necesario a nuevos temas con gran libertad y posibilidades expresivas. Varios son los valores de este libro de Maribel Andrés Llamero, que ella nos muestra de una manera fuerte y dura y, a la vez, con una levedad en los mensajes que el lector quizás descubrirá tras una segunda lectura. Nos encontramos, de entrada, con un realismo fértil y con un testimonio sincero que golpean al lector; nos encontramos con una realidad hosca y alienante que la persona de nuestro tiempo conoce muy bien, pero quizás se turbe al verla expuesta poéticamente, de una manera tan directa como lúcida.

Si tuviéramos que utilizar una sola imagen para representar este libro diríamos que es la de un gran espejo claro que refleja una serie de espejos astillados con imágenes diversas (sus poemas).

Observamos también valor en escribir no sólo para testimoniar sino para elevar el vuelo sobre las lecturas que la autora parece querer destacar en sus citas: la de algunos de los autores de la Generación del 50. Y

hay en su lenguaje un afán de novedad que nos interesa y que nos lleva más allá de lo que entendemos —o entendíamos en otro tiempo— como un mensaje «social». Entre otras razones porque Maribel Andrés es una poeta del nuestro. Como la realidad inquietante que reflejan los espejos astillados, la autora quiebra el verso, el «discurso», con esos espacios blancos que intensifican el sentido negador de los poemas. Espacios que acaso desean ser como esa «grieta» de la que yo he hablado en mis aforismos, a través de la cual el poeta huye en busca de una realidad más amable. ¿O son espacios que detienen el tiempo narrativo del poema y que nos hacen reflexionar? ¿O que nos abisman con su silencio blanco?

Es clave para entender este libro el primero de sus poemas, el que revela la desacralización del mundo «moderno». Para ello, la autora utiliza el símbolo del templo abandonado, del que han huido incluso los mercaderes; aunque luego éstos regresen enseguida para marcar a fuego nuestra cotidianidad. El templo como un espacio más del no-ser en plenitud («Lo sagrado ya no merecía / respeto».)

Luego vendrán poemas como una sucesión de estampas sutiles y a la vez mordaces de la realidad que vivimos a diario, que engañosamente gozamos como espejismos de paraísos, pero que en realidad son los espacios del liberto, del que sigue esclavo de su amo o amos (el sistema, el poder, las mercaderías, el consumo).

A veces, un leve sustrato cultural (Hades, Ulises y sus sirenas, un eco del Rimbaud de los vendedores),

o el claramente bíblico, asoma en el libro para compensar los «símbolos del capital»: vitrinas, centros comerciales, aeropuertos, anuncios.

Avanza la escritura con un lenguaje que despierta y sacude al lector, pero ¿dónde el ser humano? ¿Éste sólo puede llorar a solas en un mundo de maniqués? Asoma el ser, pero desolado, como un rostro senil, descompuesto. Sólo en la serie de poemas finales «Pueblo salvaje» —poema de poemas— el ser ¿humano? aparece como cimarrón. Éste, no lo olvidemos, es término múltiple en sus acepciones, aunque en varias de ellas alude significativamente a la naturaleza. Esa naturaleza que, como símbolo sutil, asoma en otros símbolos de crecimiento, de vida: árbol-hoja-flor-fruto...

Aquí deja entrever la autora unas *raíces* telúricas que acaso desarrolle o nos muestre en libros futuros. Parece que en ellas alborea una solución, pero de repente otro verso viene rotundo a perturbarnos: «Qué mal hicimos para merecer los pájaros de alquitrán». Ante el *qué* de este verso, recuerdo una resonancia poundiana, la de su «Letanía nocturna» ante Venecia: «*what great sorrow / cometh unto us*», que su hija, Mary de Rachewiltz, traduce en italiano: «*quale grande dolore / ci attende*».

Pero en este libro no estamos ante la veneciana belleza de la ruina sino ante las señales de las que pueden ser ruinas de nuestro tiempo: los destellos de un final. A veces, sí, estamos ante la gran ciudad, pero representada por sus subterráneos, ante ese París grisáceo,

el de hospitales y cadáveres ambulantes, que padeció y del que huyó Rilke/Malte.

Y llegamos al poema de poemas final en el que se perfilan los contornos, que son los del cimarrón: los del ser salvaje en pueblo salvaje; espacio de los liberados, pero que han huido de manera imposible (sin poder huir) del amo-poder. Es el lugar en el que «se anhelan bosques», pero ese anhelo viene de seres que ignoran el jardín o los símbolos sagrados, por más que de vez en cuando llegue hasta ellos un son de campanas.

¿El ser humano sólo aparece con cierta coherencia, en ese tiempo desolado, en «la unidad de dos en el lecho», en lo «inefable del sexo»? Leyendo este libro, haciendo este *viaje* por algunas de las señales alarman-tes de nuestro tiempo, el lector espera siempre ese espacio en el que se respire a pleno pulmón y «retoñe» el sol; por ejemplo (¡oh naturaleza salvadora!), la de Pessoa/Caeiro, que a buen seguro tan bien conoce la autora por su sintonía con la cultura portuguesa.

Mas ésta sería otra historia que poco tendría que ver con el testimonio, la denuncia, la realidad que aparecen en la sucesión de espejos astillados, a su vez engañosos, ante los seres de nuestro tiempo. Libro pues valioso porque nos revela lo principal en un libro de poemas: el ser un revulsivo para el que lo lee, el reconocer el afán creador de ser *palabra nueva*, es decir, arriesgada.

La lentitud del liberto

Zahorí con antorcha

Murmuran por las calles que hay otra ciudad en París,
sucia, oscura, subterránea.

Un inframundo lejos de toda luminosidad.
Todos miran desde las esquinas las cloacas
y señalan.

Protegidos por sus antorchas los de dedo acusador
solo ven los pasos que van dando.

Creen que la monstruosidad no les roza
porque no se observan saltar unos a otros
los harapos del mendigo.

Ellos, que caminan tan lejos de la luz
bajo faroles incandescentes,
que compran filamentos metálicos
de wolframio y de tungsteno
en equilibrio químico
porque tienen miedo
de sus propias tinieblas
y creyeron que la luz y el calor
podían venir de fuera
y ser artificiales.

Ellos respiran sin saber
que en los cables de alta tensión cada noche
mueren aves migratorias;
que forman parte como ningún otro de la cara oscura

del alma humana, que las alcantarillas
han ascendido a la superficie,

que hace tiempo que todos habitan
en la misma fosa afónica.